

jor, creado para él. Estará tranquilo y tendrá paciencia, que la paciencia la da la esperanza.

Inundad los pueblos de Evangelios; repartid una Biblia en cada cabaña; que cada libro y cada campo produzcan un trabajador moral.

Ocupaos de la cabeza del hombre del pueblo, que esta cabeza está llena de gérmenes útiles; emplead, para que ma-

ture y dé el fruto que debe dar, lo que sea más luminoso y más atemperado á la virtud; el hombre que asesinó en los caminos reales, quizás mejor dirigido hubiera sido un excelente servidor de la ciudad.

Cultivad, desmontad, regad, fecundizad, alumbrad, moralizad y utilizad la cabeza del hombre del pueblo; así no tendreis necesidad de cortarla.

FIN DE CLAUDIO GUEUX.

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

PREFACIO.

Años atrás, visitando, ó mejor dicho, estudiando la Catedral de Nuestra Señora de Paris, encontró el autor de este libro, en un rincón oscuro de una de sus torres, esta palabra, grabada á mano en la pared:

'ΑΝΑΓΚΗ

Esas mayúsculas griegas, que la vejez ennegreció, profundamente entalladas en la piedra, y no sé qué signos propios de la caligrafía gótica, impresos en su forma y sus actitudes como para revelar que los escribió una mano de la Edad Media, y sobre todo el sentido lúgubre y fatal que encierran, causaron viva impresión en el autor.

Se preguntó, tratando de adivinar, qué ser desventurado no quiso abandonar el mundo sin imprimir ese estigma del crimen ó de la desgracia en la frente de la antigua iglesia.

Después embadurnaron ó rasparon (una de las dos cosas) la pared, y la inscripción desapareció, porque de ese modo se tratan desde hace más de doscientos años las maravillosas iglesias de la Edad Media. Reciben mutilaciones de todas partes, de dentro y de fuera. El sacerdote las embadurna, el arquitecto las rasca y el pueblo llega y las derriba.

Excepto el frágil recuerdo que consagra aquí el autor de este libro, nada queda ya hoy de la misteriosa palabra grabada en la sombría torre de Nuestra Señora, nada del destino desconocido que reasumía melancólicamente. El hombre que escribió aquella palabra en la pared desapareció, hace muchos siglos, en medio de las generaciones, y la palabra ha desaparecido también de la pared de la iglesia, y la misma iglesia desaparecerá también acaso de la superficie de la tierra. Aquella palabra inspiró este libro.

Febrero 1831.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

LIBRO PRIMERO

I.

La sala mayor.



HOY hace trescientos cuarenta y ocho años, seis meses y diez y nueve días, despertó á los parisienses el vuelo general de todas las campanas en el triple recinto de la Cité, de la Universidad y de la Ciudad. (1)

No es, sin embargo, día notable en la historia el 6 de Enero de 1482. Nada tenía de extraordinario el acontecimiento que desde la madrugada agitaba las campanas y á los habitantes de París; no lo producía el asalto de picardos ó borgoñones, ni una urna santa llevada en procesion, ni un motin de estudiantes en la poblacion de Laas, ni la entrada de nuestro muy temido señor rey, ni una cuelga de ladrones y ladronas verificada por la justicia de París. Tampoco era el acontecimiento la llegada de alguna embajada entorchada y empenachada, cosa frecuente en el siglo XV: acababa de entrar en la ciudad, hacia dos días, la última de este género, la de los embajado-

res alemanes encargados de arreglar el casamiento entre el delfin y Margarita de Flandes; dicha embajada enojó al cardenal de Borbon, el que, por complacer al rey, tuvo que recibir con agrado á la mística cohorte de burgomaestres alemanes y regalarles en su palacio, con su moralidad de farsa, mientras que un terrible aguacero inundaba sus puertas, manchando las magníficas tapicerías.

Lo que el día 6 de Enero ponía en conmocion á todo el pueblo de París era una doble solemnidad, la del día de los Reyes y la de la fiesta de los locos, que se celebraban juntas desde tiempo inmemorial.

Ese día se quemaba una grande hoguera en la plaza de la Grève, se hacian plantaciones del árbol de Mayo en la capilla de Braque y se verificaba un misterio en el palacio de Justicia. Pregonaban esto la víspera, á són de trompeta, por todas las esquinas, los dependientes del señor preboste, que usaban vistosas sobrevestas, con grandes cruces blancas en el pecho.

La multitud de los vecinos de la capital, despues de cerrar las tiendas, se encaminaba hácia uno de los tres sitios designados, decidiéndose unos por la hoguera, otros por el árbol de Mayo y los restantes por ver el misterio. Debemos decir, en elogio del antiguo buen sentido del pueblo de París, que la mayoría de la muchedumbre se dirigió hácia la ho-

(1) Los tres inmensos barrios en que se dividía el antiguo París, el París del siglo XV.

con propia de la estacion, ó misterio que se representaba en la mayor del palacio, confortable y cerrada, y dejaron que el pobre árabe de primavera tiritase de frio, bajo la influencia del cielo del mes de Enero, en el cementerio de la capilla de Braque.

El pueblo afluía sobre todo á las avenidas del palacio de Justicia, porque sabia que los embajadores alemanes, que llegaron la vispera, se proponian asistir á la representacion del misterio y á la eleccion del papa de los locos, la que tenia tambien que verificarse en la sala mayor.

Era dificilísimo penetrar dicho dia en la referida sala, que entonces se reputaba por el recinto cerrado y cubierto mayor del mundo. (Entonces Sauval no habia medido aun la sala mayor del castillo de Montargis.) La plaza del Palacio, obstruida por el pueblo, presentaba á la vista de los curiosos que llenaban las ventanas el aspecto de un mar, en la que cinco ó seis calles, como otras tantas desembocaduras de rios, vomitaban á cada instante nuevas oleadas de cabezas. Las olas de esa multitud, creciendo sin cesar, se estrellaban en los ángulos de las casas, que sobresalian aquí y allá, como otros tantos promontorios, en el óvalo irregular de la plaza.

En el centro de la alta fachada gótica del palacio se veía la escalera principal, que sin intermision bajaba y subia por dos opuestas corrientes, se rompía en el rellano del medio y se desgarraba en largos tramos por las dos pendientes laterales; esta gran escalera chorreaba sin cesar en la plaza, como una cascada en un lago. Los gritos, las risotadas, el pisar continuo de miles de piés, producian gran ruido y gran clamoreo. De cuando en cuando se aumentaba el bullicio y el estrépito; la corriente que arrastraba á aquella multitud hácia la escalera principal cejaba, se enturbiaba y se arremolinaba al amagarla algun arquero ó al dar corcovos ó coces el caballo de algun macero del prebostazgo que trataba de restablecer el orden.

En las puertas, en las ventanas, en los tragaluces, sobre los techos, hormiguebaban á millares los semblantes serenos y honrados del pueblo de Paris, mirando hácia el palacio y mirando á los espectadores, sin pensar en nada más; porque mucha gente de esta capital se satisfacía con el espectáculo que ofrecen los espectadores, y para ellos es cosa ya bas-

tante curiosa un paredon detrás del que sucede algo.

Si pudiéramos nosotros, los hombres de 1830, confundirnos de pensamiento con los parisienses del siglo quince y entrar con ellos, empujados y codeados, en la inmensa sala del palacio, tan insuficiente el 6 de Enero de 1482, el espectáculo tendria para nosotros mucho interés y mucho encanto, y se presentarían á nuestra vista cosas tan viejas que nos parecerían nuevas.

Si el lector nos lo permite, probaremos á imaginarnos la impresion que experimentaríamos con nosotros franqueando el umbral de la sala mayor, entre el inmenso gentío que en aquella lejana época la invadía.

Con zumbido en los oidos y con desvanecimientos en la vista contemplaríamos encima de nosotros la doble bóveda ojiva, artesonada con esculturas de madera, pintada de azul celeste, flordelisada de oro, y nuestros piés pisarian un enlosado de mármol blanco y negro. A algunos pasos de nosotros veríamos un enorme pilar, despues otro, y así sucesivamente hasta siete en toda la longitud de la sala, sosteniendo en su altura el arranque de la bóveda. Alrededor de los cuatro primeros pilares veríamos puestos ambulantes, chispeantes de cristales y de oropeles; alrededor de los tres últimos, bancos de madera de encina, desgastados y pulimentados por el roce de las calzas de los litigantes y por las togas de los procuradores. Alrededor de la sala contemplaríamos, á lo largo de la alta pared, entre las puertas y entre las ventanas, la interminable fila de estatuas de los reyes de Francia desde Faramundo; los reyes holgazanes, con los brazos colgando y los ojos bajos; los reyes valientes y batalladores, con la cabeza y las manos levantadas hácia el cielo con osadía. Despues, en las grandes ventanas ojivas, veríamos cristales de mil colores; en las largas salidas de la sala, ricas puertas delicadamente esculpidas, y todo ello, bóvedas, pilares, paredes, artesones, puertas y estatuas, todo cubierto de arriba á abajo de espléndida iluminacion de azul y oro, que estaba ya algo deslucido entonces y que desapareció enteramente, bajo el polvo y por el trabajo de las telarañas, el año de gracia de 1549, en el que Breul lo admiraba todavía por tradicion.

Imaginaos, pues, esa inmensa sala oblonga, alumbrada por la claridad pálida de un dia de Enero, invadida por

una muchedumbre de vistosos trajes, que llenaba en toda su extension las largas paredes, y daba vueltas alrededor de los siete pilares, y podreis formar una idea confusa del conjunto del cuadro, del que vamos á indicar los más curiosos detalles.

Si Ravallac no hubiera asesinado á Enrique IV, el expediente del proceso de Ravallac no se hubiera depositado en el archivo del palacio de Justicia, y no hubiera habido cómplices interesados en que desaparecieran dichos documentos, ni incendiarios obligados, por falta de otros medios, á quemar el archivo para que se quemase la causa, y quemar el palacio de Justicia para que ardiese el archivo, por consecuencia no hubiera ocurrido el incendio de 1618, y el antiguo palacio estaria aun en pié con su antigua sala mayor, y yo podría decir á los lectores: Id á verla; esto seria cómodo para todos; yo me veria dispensado de describirla y los lectores de leer la descripcion, lo que prueba que los grandes acontecimientos traen consecuencias incalculables.

Verdad es que cabe en lo posible que Ravallac no tuviese cómplices, y que á haberlos tenido, éstos no tomasen parte en el incendio de 1618; porque este incendio puede tener otras dos plausibles explicaciones. La primera que puede dársele es la de la aparicion de una estrella inflamada, ancha de un pié y larga de un codo, que, como todo el mundo sabe, cayó del cielo sobre el palacio de Justicia el dia 7 de Marzo, despues de media noche; y la segunda explicacion consiste en la cita de estos versos de Teófilo:

Por cierto fué triste caso
Cuando en Paris la justicia,
Por salir de sus apuros,
Se pegó fuego á sí misma.

Pero ya se dé crédito á la explicacion política, á la física ó á la poética, el hecho fué desgraciadamente cierto; en 1618 se incendió el palacio de la Justicia. Poco se conserva hoy dia de él, gracias á dicha catástrofe y gracias á las restauraciones sucesivas, que concluyeron con lo que el fuego perdonó; muy poco se conserva de esta primera morada de los reyes de Francia, de aquel palacio hijo primogénito del Louvre, tan antiguo ya en la época de Felipe el Hermoso, que en él se buscaban entonces los vestigios de los magníficos edificios levantados por el rey Roberto, descritos por Helgaldus. Casi todo desapareció.

¿Dónde está la cámara de la Cancillería, en la que San Luis consumó su matrimonio? ¿Dónde el jardin en el que administraba justicia, "vestido con sobre-vesta de camelote, tabardo de tirtaña sin mangas, con capa de sándalo negro, reclinado sobre la tapicería, al lado de Joinville? ¿Dónde está la cámara del emperador Segismundo? la de Cárlos IV? la de Juan Sin Tierra? ¿Dónde está la escalera desde la cual Cárlos VI promulgó su edicto de amnistía? ¿Dónde la losa sobre la que Marcelo degolló á Roberto de Clermont y al mariscal de Champaña, delante del Delfin? ¿Dónde el postigo en el que fueron laceradas las bulas del anti-papa Benedicto, de donde volvieron á salir los que las trajeron con capas pluviales y mitras irrisorias, para que sirvieran de escarnio por todas las calles de Paris? ¿Dónde están en la sala mayor el dorado y el azul, las ojivas, las estatuas, los pilares, la inmensa bóveda cuajada de esculturas, y la cámara dorada y el leon de piedra que estaba á la puerta, arrodillado y con la cabeza baja y la cola entre piernas, como los leones de Salomon, en la actitud humilde que debe guardar la fuerza de la justicia? ¿Y las hermosas puertas y los vidrios de colores y los cincelados cerrosos? ¿Qué hizo el tiempo, qué han hecho los hombres de todas esas maravillas? ¿Qué nos han dado en cambio de aquella historia galaica y de aquel arte gótico? Los pesados arcos elípticos de Brosse, el torpe arquitecto de la fachada de San Gervasio, en cuanto al arte; y en cuanto á la historia, nos han dejado los recuerdos impertinentes del gran pilar, en el que aun resuenan los ecos de la chismografía de los Patrús.

Volvamos á la verdadera sala mayor del antiguo y verdadero palacio de Justicia.

En una de las dos extremidades de su paralelogramo se veía la famosa mesa de mármol de una pieza, tan larga y tan ancha como jamás se conoció (segun dicen los antiguos registros del palacio, en un estilo que hubiera abierto el apetito á Gargantúa) semejante tajada de mármol; la otra extremidad del paralelogramo la ocupaba la capilla en la que Luis XI se hizo esculpir arrodillado ante la Virgen, á cuya capilla hizo transportar las estatuas de Carlo-Magno y de San Luis, sin que le importara dejar dos nichos vacíos en la fila de las estatuas reales, de esos dos santos á los que atribuía gran influencia en el cielo

por haber sido reyes de Francia. Dicha capilla estaba entonces nueva, edificada seis años atrás; era de ese delicado gusto, de esa artística arquitectura y de esa escultura maravillosa, que marca el final de la era gótica y que se perpetúa hasta la mitad del siglo diez y seis en las fantasías mágicas del Renacimiento. El roseton por donde entraba la luz, abierto encima de la puerta de entrada, era una obra maestra de delicadeza y de gracia: parecía una estrella de encaje.

En medio de la sala, frente á la puerta principal, había un estrado de brocado de oro, arrimado á la pared, al que se llegaba por una entrada secreta, practicada en medio de una ventana del corredor de la cámara dorada, para que le ocupasen los embajadores alemanes y los demás personajes de Paris invitados á ver la representación del misterio.

Era costumbre representar ese misterio encima de la gran mesa de mármol, y estaba ya preparada desde las primeras horas de la mañana: su rica plancha de mármol soportaba una jaula de madera enorme, cuya superficie exterior, accesible á las miradas de toda la sala, debía servir de teatro, y cuyo interior, cubierto de tapicería, se habilitaba para vestuario de los personajes del misterio. Una escalera, sencillamente colocada á la parte de fuera, establecía la comunicación entre la escena y el vestuario y ofrecía sus escalones á los que habían de entrar y salir: no había personaje imprevisto, ni peripecia, ni efecto teatral que no se viese obligado á subir por dicha escalera. ¡Inocente y venerable infancia del arte y de la maquinaria!

Estaban en pié á las cuatro esquinas de la mesa de mármol cuatro alabareros del baile de palacio, guardias obligados en todos los placeres del pueblo, así en los días de regocijos populares como en los de las ejecuciones públicas.

Al dar la última campanada de las doce en el reloj del palacio debía comenzar la representación. Tarde era sin duda para verificarse la representación teatral, pero se sujetaron á la hora que marcaron los embajadores.

La multitud estaba esperando desde las primeras horas de la mañana; muchísimos curiosos tiritaban de frío, desde el amanecer, en las gradas del palacio; y hasta afirmaban algunos que habían pasado la noche en el dintel de la puerta principal, para estar seguros de entrar los primeros. La muchedumbre era cada

vez más compacta, y como el agua cuando rebosa de su nivel, empezaba á subir por las paredes, á hincharse alrededor de los pilares, á sobresalir de los tablados, de las cornisas, de los antepechos, de las ventanas, de todos los puntos salientes de la arquitectura y de todos los relieves de la escultura. Por lo que el agobio, la impaciencia, el fastidio, la libertad de un día de cinismo y de locura, las contiendas que se oían á cada momento, causadas por un codo puntiagudo ó por un zapato claveteado, la fatiga que dá esperar tantas horas, todo esto, que acabamos de enumerar, todo junto añadía cierto acento ágrío y amargo al clamoreo del pueblo, que se veía prensado y que se ahogaba. Se oían quejas é imprecaciones contra los alemanes, contra el preboste, contra el cardenal de Borbon, contra el baile del palacio, contra Margarita de Austria, contra el frío y el calor y el mal tiempo, contra el obispo de Paris y el papa de los locos, etc., etc. Todo esto causaba la diversion de un sinnúmero de estudiantes y de lacayos diseminados entre la multitud, que comentaban todos los referidos descontentos con sus pertinacias y sus malicias y que pinchaban con alfilerazos, por decirlo así, el mal humor general.

Había un grupo de esos alegres demonios que, despues de desquiciar la vidriera de una ventana, se sentaron con osadía sobre el entablamento y desde allí lanzaban sus miradas y sus burlas, dentro y fuera, á la muchedumbre de la sala mayor y á la muchedumbre de la plaza: sus gestos de parodia, sus risotadas y las bromas que cambiaban con sus compañeros desde un extremo al otro de la sala, daban á entender que no participaban esos jóvenes del fastidio ni de la fatiga del público y que sabían, para divertirse, extraer de lo que pasaba ante ellos un espectáculo que les permitía esperar con impaciencia que empezase el otro.

—¡Por mi vida que sois Juan Frollo de Molendino! decía gritando uno de esos jóvenes á una especie de diablillo rojo, de linda y pícara cara, que estaba encaramado en los follajes de un capitel; con propiedad os llaman Juan del Molino, porque parecen aspas vuestros brazos y vuestras piernas. ¿Hace mucho que estais aquí?

—Por la misericordia del diablo, respondió Juan Frollo, hace más de cuatro horas, y espero que se me tomen en cuen-

ta cuando vaya al purgatorio. Oí á los ocho chantres del rey de Sicilia entonar el primer versículo de la misa mayor de las siete en la Santa Capilla.

—Hermosos chantres! exclamó el otro; tienen la voz más aguda que sus bonetes: antes de decir una misa á San Juan, hubiera debido el rey informarse de si á San Juan le gusta el latin salmodiado con acento provenzal.

—¡Para emplear á esos malditos sochantres del rey de Sicilia se dice esa misa! gritó ágríamente una vieja que estaba bajo de la ventana. ¡Dar mil libras parisís por una misa y sobre el arriendo del pescado de mar de las pescaderías de Paris!

—Calle la vieja! replicó un obeso y grave personaje que se tapaba las narices detrás de la pescadera; era preciso establecer esa misa. ¿Queríais que el rey volviese á estar enfermo?

—Muy bien dicho, señor Gil Lecornu, manguitero abastecedor de la casa real, dijo el estudiantillo encaramado sobre el capitel.

Una carcajada general de los estudiantes acogió estas palabras.

—Lecornu! Gil Lecornu! decían unos. —*Cornutus et hirsutus*, decían otros.

—Por qué diablos os reis? continuó el estudiante del capitel; ¿es materia de risa que él sea el honorable sugeto Gil Lecornu, hermano del maestro Juan Lecornu, preboste de la real casa, hijo del maestro Mayet Lecornu, portero mayor del bosque de Vincennes, todos industriales de Paris y todos casados de padres á hijos?

Aumentóse la alegría al oír esto, y el hombre obeso, sin contestar una palabra, se esforzaba por esconderse y evitar que estuviesen fijas en él todas las miradas; pero sudaba y soplabá en vano. Como cuña que se hunde en la madera, sus esfuerzos solo conseguían encajar con mayor solidez, en las espaldas de los vecinos, su semblante apoplético, más enrojecido que de costumbre por el despecho y la cólera. Uno de los vecinos acudió á su socorro y, encarándose con el estudiante, le dijo:

—Es una abominación que se atreven los estudiantes á hablar de ese modo á un hombre honrado; en mis tiempos les hubieran dado palos primero y los hubieran quemado despues.

Echóse á reír otra vez la chusma estudiantil.

—Hola! quién canta en ese diapason? quién es esa siniestra lechuza?

—Yo le conozco; es el maestro Andrés Musnier.

—Habla así porque es uno de los cuatro librereros jurados de la Universidad, repuso otro estudiante.

—En aquella tienda todo se cuenta por cuatro, añadió un tercero; las cuatro naciones, las cuatro facultades, las cuatro fiestas, los cuatro procuradores, los cuatro electores y los cuatro librereros.

—Pues bien, replicó Juan Frollo, le armaremos una de cuatro diablos.

—Musnier, te quemaremos los libros! —¡Musnier, le daremos un palizon á tu lacayo!

—Musnier, manosearemos á tu mujer! —La buena y obesa señorita Oudarda. —Que es tan alegre y está tan fresca como si fuese viuda.

—Que os lleve el diablo! refunfuñó maese Andrés.

—Cállate, pues, maese, ó sino desde este capitel me dejo caer sobre tí.

Andrés Musnier levantó la vista y midió en un instante la altura del pilar y la pesadez del estudiantillo, multiplicó mentalmente esta pesadez por el cuadrado de la velocidad y se calló.

Al verse Juan dueño del campo de batalla, prosiguió con acento triunfal:

—Lo haré como lo digo, aunque sea hermano de un arcediano.—¡Vaya unos caballeros los que mandan en la Universidad! ¡No hacer que se respeten nuestros privilegios en un día como este! ¡Haber árbol de Mayo y hoguera en la Cité, misterio, papa de los locos y embajadores alemanes en la ciudad, y en la Universidad nada!...

—¡Sin embargo, la plaza de Maubert es bastante grande! añadió un escribiente que estaba sentado en el entablamento de la ventana.

—¡Mueran el rector, los electores y los procuradores! gritó Juan Frollo.

—Será necesario que hagamos otra hoguera esta noche en el campo Gailard, despues de los anunciados, con los libros de Andrés Musnier.

—Y con pupitres de los amanuenses. —Y con las varas de los bedeles.

—Y con las escupideras de los deca-

nos. —Y con las mesas de los procuradores. —Y con las alcancías de los electores. —Y con los escabelillos del rector.

—¡Mueran, repitió Juan con voz de falsete, Andrés Musnier, los bedeles, los amanuenses, los teólogos, los médicos, los decretistas, los procuradores, los electores y el rector!